*Un cambio de actitud terapéutica: “Suspender el Yo”*

Por ***Octavio Fernández Mouján***

La suspensión del Yo tiende a un vacío de objetos identificables, por eso que en cierto nivel la metáfora del “desierto” Tiene sentido dado que se busca la duda sobre la objetividad y su representación.

Trae una alteración importante del psiquismo pues se suspende las identificaciones y las representaciones vaciando temporariamente la realidad objetiva y subjetiva. Por eso que la metáfora del desierto y la del silencio suponen una alteridad ¿Qué pasa si hay desierto de estímulos externos e internos? El Yo entra en crisis, pues sus funciones primordiales de identificar proyectiva o introspectivamente quedan debilitados y con ellas el pensar racional.

Lo importante pasa a ser la vivencia de una experiencia de la que soy parte, el deseo y la descarga pulsional en este psiquismo abierto al desierto, dejan de ser motores de la dinámica relacional.

No es que desaparecen sino que al dudar de lo percibido y pensado el misterio y lo subyacente como realidad hace su aparición, no hay mediación entre esa realidad viva y el ser que se manifiesta en este nivel más mítico o espiritual de la realidad donde lo “invisible” de la realidad objetiva se manifiesta como vivencia participativa. Nada media entre la realidad mítica y el ser que la registra. “Todo tiene que ver con todo sin confusión, es decir conservando las diferencias ¿Quién registra la experiencia del bebe recién nacido (e incluso intrauterino) si no es el Yo? Es el ser que uno es que se manifiesta a través de ese cuerpo vivo o corporeidad.

Llega un punto donde la debilidad del Yo suspendido es tan intensa que ese cuerpo que somos se convierte en el límite entre la nada potencial que nos circunda en ese estado original, el psiquismo del terapeuta y la realidad objetiva.

El terapeuta habla, escucha, piensa, recuerda, asocia, etc. pero el límite donde además vivencia esa experiencia originaria directamente antes que cualquier percepción y pensamiento. Los poetas, místicos y artistas creadores saben de este desierto, página en blanco o vacío potencial. Al debilitarse el deseo y la memoria, surge el anhelo de ser más con los demás. Este anhelo de auto superación (con” se manifiesta en concreto en alguna forma en el acontecimiento más allá de todo suceso.

Las dos experiencias (objetiva y vivencial) conviven sin oponerse en un psiquismo que se ha extendido.

Cuando Luisa dejó de proyectar en Ricardo todo su malestar por las frustraciones experimentados en la relación, se produjo un encuentro con sus recuerdos nunca asumidos (“repetía para no recordar”, Freud). Empieza a hablar del odio de su madre machista que solo tenía reconocimiento y cuidado para su hijo varón, lo cual dejó en ella un resentimiento enorme para con todos los varones, ahora en Ricardo.

Se hizo consciente en ella la resistencia a aceptar al hombre desde una mujer resentida, la cual deja de ser dominada por el mismo al ser reconocida amorosamente en la transferencia y también al vivir, “aquí y ahora” una experiencia viva por participación: Ella “suspendió el Yo” al poder dudar, gracias al terapeuta, de lo que percibía y pensaba de Ricardo.

Des identifica a Ricardo su odio hacia sus padres, reprimido y puedo aceptar vivir una nueva experiencia con su terapeuta donde se siente partícipe de un reconocimiento mutuo. Simultáneamente experimentó las dos realidades al abrirse a lo reprimido y a lo vivido “aquí y ahora”, de manera que el pasado dejó de hacer sintonía e sus vínculos y descubrió su otra forma de vivir como mujer reconocida y valorada, expresándolo al despedirse.

Si hablo desde una experiencia participativa lo que digo (interpretación inmediata de la realidad) no tiene mediación (percepción, representación y pensamiento) es una manera mítica de pensar dicha experiencia.

Por todo esto cuando hablo de “suspensión del Yo” no me estoy refiriendo a un problema de atención, como proponía Freud al hablar de “atención flotante” en la que no se atiende nada en especial. Pero cuando hablamos de “suspensión del Yo” el problema de atención es una de las consecuencias, pero se apunta a algo mucho más profundo.

Si suspendemos el Yo, es decir no le damos tanta importancia a lo que percibimos luego representamos y luego pensamos, nos abrimos a un estado de duda que no afirma ni niega nada, solo experimenta aproximándose a una realidad vivida además de observada.

Esta experiencia supone desapegarnos de todo objeto o cosa a la cual el Yo siente rechazo o atracción al percibirlo, propio de toda relación Sujeto – Objeto, o sea, debilitamos la pretensión de objetividad junto con la pretensión de subjetividad donde todo lo percibido se vuelve representación. Entonces sucede que debilitamos lo objetivo y lo subjetivo y encontramos la alteridad del desapego a las cosas y su representación.

Por eso que decimos que este cambio de actitud nos conduce a un vacío paulatino de todo lo dado de antemano, experiencia que hemos llamado lo originario o contexto de creación. Pasa a ser importante el aquí y ahora desprendido del suceso causal entre lo que va apareciendo en el tiempo que transcurre.

No es que el tiempo no transcurra en un espacio dado sino que ese espacio se va achicando hacia un ahora desligado del pasado y menos dependiente de lo dado en las circunstancias actuales de su vida. La consecuencia de todo esto es, en primer lugar una gran duda gracias a la cual se abre un campo de posibilidades surgidas de vivido anterior a toda percepción y pensamiento. En la filosofía se diría que somos “arrojados” a un mundo dándose, que lo podemos hacer análogo a lo originario cuando aún “nada nos es ajeno” (Spitz).

En el caso de Luisa decimos que se fue desapegando (des identificando) de el otro y resentimiento centrado en su novio Ricardo y regresando a sus vínculos más infantiles, pero además, y esto es lo novedoso, fuimos participando de un encuentro pleno de reconocimiento y afecto que la tranquilizó y se sintió reconocida y pudo reconocer que estaba ante un varón que también la valoraba y quería. En realidad en simultaneidad con lo hablado se iba dando un encuentro donde ambos participamos de una experiencia de mutuo reconocimiento y valorización afectiva.

Por esto es que decimos que además de la duda de lo percibido y pensado, que nos va desapegando de lo arraigado, nos va “arrojando” a lo originario como experiencia limite donde lo diferente es el ser, lo que cada uno vive.

Somos diferentes al resto que nos acompaña y al mismo tiempo participamos de la misma experiencia imperceptible. Cuando dejamos de ser observadores (Yo) somos parte de la experiencia en paralelo un anhelo de encontrar la imagen o palabra que míticamente (intuitivamente) de cuenta del acontecimiento.

Creo que es la interpretación de la inmediatez del encuentro fue cuando me di cuenta, y se lo dije, que “luego de tantas entrevistas puedes compartir conmigo estos duros y odiados recuerdos, pienso que es por la confianza que nos tenemos que lo que está pasando aquí es todo lo contrario” y Luisa contesta “siempre me sentí así acá”, esto me permite completar el relato y le digo: “Si pero nunca habíamos llegado tan a fondo en tu dolor”.

Pienso que cuanto más nos alejamos de la experiencia como suceso más entramos en una experiencia anhelando el acontecimiento que ponga imagen o palabra para interpretar la inmediatez de esa experiencia.

Por lo tanto la suspensión del Yo nos ha ido trasladando el Yo del suceso al ser del conocimiento que no tiene “porque”, no se explica su aparición es una forma de pensar particular desde la vivencia que es capaz de intuir una nueva forma que de sentido y significado o sea desoculta el pasado y se proyecta al futuro. La palabra surgida no explica, ni pretende ser la verdad sino que da cuenta del anhelo de ser más con los demás.

Esta manifestación del pensar del ser surgió de haber sido “arrojado” a esta experiencia originaria (“dasain” Heidegger). O sea la suspensión del Yo es la condición necesaria (no suficiente) para el acto creador que da cuenta de lo que adviene en oposición a lo que tiende a repetirse ¿Qué faltaría si es solo lo necesario? La voluntad de dar respuesta a el anhelo de auto superarse a partir de vivirlo en la participación.

En otras palabras, “al suspender el Yo”, nadie ocupa el lugar ordenador o legislador, sino simplemente de interpretador de ese momento de caos necesario para un cambio que requiere de la imaginación creativa.

Por eso digo que esta actitud terapéutica tiende a no darse tanta importancia uno ni ninguno, sino más bien abrir un momento menos determinado por los sucesos.

Si el Yo es debilitado empieza a tener importancia el nosotros participativo donde se mantiene la diferencia de lo que soy, con otros diferentes que amplían mi constitución como sujeto no aislado sino solidario.

En síntesis, una de las motivaciones de la creatividad es alcanzar una acertada suspensión del Yo que provoque realmente un estado de duda que haga que todo fluya buscando o anhelando un nuevo orden ante la vivencia de un caos que nos interroga. No confundo esta situación con el deseo de satisfacción o de equilibrio, no es deseo de alcanzar algo, sino “anhelo de ser más con los demás”. Por eso que comparo estos estados de “debilitamiento” del Yo con el desapego de toda cosa que despierta este anhelo de “auto superación con”.

Es una ruptura que sin embargo nos mantiene fiel a la trayectoria que emana del encuentro dialogal. Rosenzweig llama a este camino abierto “estrella de la redención”. Abierto por ese “amar al prójimo” Bíblico que hace el uno para el otro o sea participar.

Octavio Fernández Mouján

Agosto 2011 - <http://www.psicoanalisisabierto.com/>